



Memoria de lectura

No estoy seguro a qué edad corresponde mi primer recuerdo de lectura. Mis padres son muy ávidos lectores, por lo que de una manera u otra los libros siempre estuvieron presentes en mi vida. En ningún momento se limitaron al popular “cuento antes de dormir”, sino que estaban dispuestos a contar historias en cualquier momento del día. Una serie de libros que recuerdo con especial añoranza de este tiempo es *Geronimo Stilton*, las aventuras de un ratón antropomorfizado que dirige un diario en la isla de Ratonía. Sin desmerecer los méritos propios de la obra, las curiosas voces que le daba a los personajes mi padre la hacían relucir mucho más. Poco después aprendí a leer, lo que me permitió descubrir diversos relatos y personajes. De todos modos, por un largo tiempo me mantuve dentro de los confines de la literatura infantil. Pero una navidad, sin que pudiera saber las consecuencias que tendría, llegó a mi vida un libro que cambiaría para siempre mis hábitos lectores: *Harry Potter y la piedra filosofal*. En verdad pienso que sería apropiado hablar de mi relación con los libros de esa saga como una “adicción”, ya que pasaba las páginas a una velocidad increíble, y terminé los siete libros en unos pocos meses. Recuerdo vívidamente terminar el quinto libro de la serie —el más largo— y empezar el sexto al instante. Después seguí con las series de Rick Riordan, como *Percy Jackson* y *Las crónicas de Kane*, que me llevaron a interesarme en



las mitologías griega y egipcia, respectivamente. A pesar de que nunca me apasionaron mucho los libros que me mandaban a leer en la escuela primaria, siempre disfruté escribir historias, algo que la institución fomentaba. A día de hoy, leo principalmente ciencia ficción y fantasía, pero también me gustan las novelas realistas y los libros de historia.

Mi memoria funciona de una forma extraña, pero creo poder identificar la razón de que recuerde estas experiencias de una manera tan cercana. En todos los casos, puedo asociar al recuerdo una fuerte emoción. Con *Geronimo Stilton*, la diversión que a veces desembocaba en risa cuando mi papá me narraba la historia; con *Harry Potter*, una necesidad imperiosa de saber qué iba a ocurrir a continuación. En mi opinión, las personas no recuerdan las circunstancias exactas de sus lecturas, sino los sentimientos que experimentaron mientras leían. Eso es lo que una buena historia debería transmitir.

Cátedra: *Lengua española I*, del Traductorado de Portugués, turno vespertino.

Autor: Facundo Balerdi Roman



Memoria de lectura

En algún momento de la primera parte de mi vida los libros se metieron en mi sangre. Algo de mi propia vida hizo que buscara vidas e historias paralelas. Me esfuerzo pero no recuerdo a mi madre leyéndome (sé que lo hizo), o que me contara historias, más bien tengo la imagen de mí misma recolectando de a uno, o a veces de a dos o tres, los libros que encontraba por la casa. Libros para niños, para adultos, de aventuras, de fantasía, con pocas páginas, o infinitos a mis ojos. Podía encontrarme con “Chipío, el gorrioncito peleador” o bien “La Huida de la China Roja” y yo los leía entendiendo o sin entender, o tal vez creyendo entender, pero con la avidez de quien tiene un tesoro en sus manos y está descubriendo su contenido. Los recuerdo apilados al costado del sillón en donde me hundía durante un tiempo sin límite a devorarlos como si se tratara de un canasto repleto de golosinas. Cuando ella, mi madre, quien se conectaba con la música desde el fondo de su alma pero para quien los libros eran objetos que no revestían el más mínimo interés, descubrió en mí la pasión, empezó a llenar los estantes, es decir, a llenarme los estantes, porque ella no leyó ninguno. Podría decirse que ese fue su regalo, el mejor. Mi padre por su parte, quien sí amaba mucho la lectura, fue quien dejó los libros cuando se fue, esos que yo iba



recolectando siendo muy chica. Tal vez los dejó olvidados, tal vez ese fue también su regalo, el único.

Algunas veces, mientras estaba “adentro” perdía la noción de quién era yo misma, salía de mi propia vida mientras duraba ese viaje, por lo que en mi recuerdo, fui muchos seres... vivos, muertos, animados o inanimados, fui “la casa” de Mujica Láinez y fui Inés...la del alma mía, y también un lanzallamas, fui la de las zapatillas rojas y la maga...

Definitivamente la configuración de mi vida estuvo en una biblioteca, marcada por libros que leí descontroladamente, sin guía, de algunos de cuyos autores me olvidé, y de algunos otros que recuerdo muy bien. Lo que puedo decir con absoluta certeza, sin baches y sin olvidos es que hoy todos, cada uno de ellos me conforman, son parte de mí.

Cátedra: *Lengua española I*, del Traductorado de Portugués, turno vespertino.

Autora: Claudia Kempf



Memoria de lectura

Desde donde recuerdo, mi acercamiento a la lectura ocurrió durante los primeros años de mi niñez, entre los 3 y 6 años. Solía pasar los fines de semana en la casa de mi abuela, donde ella cocinaba una apetitosa comida y por la noche, antes de dormir, me contaba algún cuento de los clásicos de siempre. No obstante tengo el recuerdo de uno en especial, más que nada por el afecto con que mi abuela lo relataba, se trataba de las "Las aventuras de Pinocho". Durante el relato, mi abuela solía hacer cada tanto una pausa, para explicarme de forma muy divertida, las enseñanzas que podían extraerse de las aventuras del personaje. Gracias a estas pausas, que muchas veces derivaban en nuevas historias, creció en mí la curiosidad por la lectura y por consiguiente, el deseo de aprender a leer! Afortunadamente, al poco tiempo, empecé a ir a la escuela, la Srta. Alcira, fue quien, con tanto esmero y dedicación, ayudó a que mi deseo se cumpliera. Disfruté mucho de las lecturas escolares, tales como, textos históricos, fragmentos del Martín Fierro o poesías que teníamos que memorizar. Fue aquí, además, donde surgió mi primer acercamiento hacia la cultura y costumbres de mi país a través de la lectura; fueron momentos muy enriquecedores. Al mismo tiempo, mis familiares aportaban con nuevos libros de aventuras, tales como "Robinson Crusoe" y "Las aventuras de Tom Sawyer",



sin embargo, mi temprana experiencia lectora se vio revolucionada cuando en mi décimo cumpleaños llegó a mis manos "Tu nombre en clave es Jonás", de la colección Elige tu propia aventura. Me encantó, ya que no solo disfrutaba de las aventuras del relato, sino que además podía influir en las decisiones de los personajes y en el desenlace de la historia. Así pues, leí una buena parte de la colección hasta que comencé a inclinarme por otro tipo de libros, mayormente de autores populares recomendados.

Es indudable que estas vivencias relacionadas con la lectura aportaron momentos de felicidad y crecimiento en mi niñez. Nadie puede negar que es un hábito sano y enriquecedor a través del cual aprendemos, ejercitamos la creatividad y expandimos la imaginación, entre muchas otras cosas. En mi opinión, es de vital importancia inculcar este hábito desde temprana edad, para que sus beneficios nos acompañen a lo largo de toda la vida.

Cátedra: *Lengua española I*, del Traductorado de Portugués, turno vespertino.

Autor: Maximiliano Medic



Memoria de lectura

¡Cuántos años han pasado desde aquel momento en que me di cuenta de que podía leer!

No puedo olvidar aquella sonrisa de mi padre al darse él también cuenta de la magia que estaba ocurriendo en ese momento.

Era uno más de esos veranos tórridos, sofocantes. Enero. Por consiguiente, en casa a la hora de la siesta, mi madre, como buena norteña, nos hacía detener el tiempo. Tan pronto como ella se recluía a dormir su sagrada siesta, yo me refugiaba en el estudio de mi padre. Él, ingeniero químico, sumergido en sus fórmulas interminables e inteligibles (escritas con tiza blanca en ese pizarrón negro de pared a pared) me veía entrar y sonreía con complicidad. Yo tenía cinco años para ese entonces y no podía desperdiciar ni un segundo la presencia de papá en casa. Él trabajaba siempre de pie, frente a su pizarrón, con sus fórmulas químicas, las cuales formaban para mí, parte de un lenguaje desconocido y amenazante, pero, a su vez, fascinante. En esos tiempos, yo ya había escrito con tiza blanca “mis fórmulas” en el borde inferior derecho del pizarrón de papá: el abecedario. Cada vez que empezaba a leerlo, esperaba con ansiedad llegar a la zeta porque sabía que mi padre me habría dejado escrita una nueva palabra para aprender... La primera que me enseñó fue: *infinito* ¡llena de íes y enes! Cuando terminé de pronunciarla, me di



cuenta de que había leído por primera vez, sentí sorpresa y orgullo. La sonrisa de mi padre en ese momento provino, sin dudas, de su orgullo y amor paternal. De allí en más, serían infinitos millones de amalgamas de letras -"mis fórmulas"-, que me acompañarían en mis lecturas fielmente hasta hoy.

Inicialmente, leí cuentos e historias de aventuras. La colección de "Los Hollisters...", que heredé de mi hermano mayor, me llevaría a mundos de fantasía lejanos. Más tarde Dürrenmatt y Goethe, lectura ardua y obligatoria en la escuela, me doblegarían por su complejidad. Más adelante fueron Marx, Nietzsche y el Marqués de Sade, quienes me desvelarían: lectura voraz y excitante de noches postadolescentes. Ya en mis épocas de universidad, San Agustín, Max Weber y Durkheim, no sólo me estimularían, sino también me generarían muchas preguntas. Un sinfín de ellas a las que ni aún hoy les he podido encontrar alguna respuesta esclarecedora. Últimamente, Franzen, *Eugenides de L'Horizon* me acompañan con sus novelas a mundos de distracción y fantasía.

Sin lugar a dudas, aquel momento de la primera palabra leída me parece ahora borroso y distante. En mi opinión, ese recuerdo, momento magnánimo y estremecedor, nadie nunca lo debería olvidar. Yo no lo he podido hacer. Todas mis lecturas posteriores a ese momento no podrían haber existido sin ese momento inicial de sorpresa y orgullo. Ninguna de ellas. Absolutamente ninguna.



Cátedra: *Lengua española I*, del Traductorado de Portugués, turno vespertino.

Autor: Marcelo Migliarini



Memoria de lectura

Aunque no sea un recuerdo propio, quisiera contar la historia de cómo aprendí a leer. En primer lugar, crecí en una familia atípica para la época. Mis abuelos, mi madre, mi tía Silvia y yo vivíamos en un departamento lleno de libros y revistas. Como no tenía hermanos, primos ni vecinos de mi edad, mis días transcurrían entre adultos. Y en mi casa, las actividades eran muy intelectuales. Todos escuchaban música, hacían rompecabezas y crucigramas; leían libros, revistas y diarios; consultaban mapas, enciclopedias y veían documentales; hablaban de política, de arte, de ciencia, de historia y de filosofía. Y yo absorbía todo a mi alrededor. Según cuenta mi tía, aprendí a leer sola, cuando era su turno de cuidarme. Yo tenía tres años, y estaba curioseando entre sus revistas, cuando me escuchó preguntar: “¿Acá dice ‘cine’?”. Después de que mi tía corroborara que yo, en efecto, había leído de manera espontánea el título de la revista, nunca más paré de leer todo lo que cayó en mis manos.

Durante la infancia fui bastante introvertida, así que la lectura fue siempre mi gran compañía. Un libro que me marcó particularmente, como a muchas personas de mi generación, fue *Harry Potter*. El primero me lo regaló mi tía Marcela, cuando yo tenía once años, la misma edad que el protagonista. Cada año que pasaba, Harry y yo crecíamos a la par; su historia se hacía más



compleja a medida que transitaba la adolescencia, y la mía también. Era como tener un amigo con quien compartir la carga de crecer. Definitivamente, aunque leía de todo, mis favoritas eran las historias de ficción. En ellas encontraba siempre un personaje con quien sentirme identificada. Me ayudaban a entender lo que me rodeaba y a poner en palabras lo que no podía expresar. En ese sentido, los libros eran un refugio. Pero, por otro lado, también eran un escape. Me permitían salir de mi realidad y abrirme al mundo. A pesar del privilegio de crecer rodeada de tanta cultura, yo soñaba con las aventuras que tenían los personajes de las historias. Con sus romances y amistades, con las lecciones que aprendían a través de sus experiencias, y con todas las formas distintas de vivir. Los libros me llevaron de viaje por el universo.

Muchos años después, cuando tuve que elegir una carrera, la marca que dejó esa infancia repleta de palabras me dio la respuesta: ¿qué quiero seguir haciendo por el resto de mi vida? Leer.

Cátedra: *Lengua española I*, del Traductorado de Portugués, turno vespertino.

Autora: Cielo Olivieri